

Caroling.

Práctico Clínico 2000

| | |
|------------------|-------|
| FOTOCOPIADORA | |
| 371 | CEHCE |
| PSICOPATOLOGÍA I | |
| Folio 362 | S/F |
| | D/F 2 |

REFLEXIONES SOBRE LA ENVOLTURA FORMAL DEL SINTOMA

Jacques-Alain Miller

¿Existe algún psicoanalista que prescindiera del concepto de sintoma o al menos no tenga la noción práctica de este concepto? No lo creo. Aunque podamos pensar que se prescinde fácilmente del de estructura, aunque hasta podamos dudar de que las estructuras clínicas sean estructuras estancas -y de hecho en toda un área de la práctica del psicoanálisis se cree en una suerte de continuo clínico, se multiplican los casos *borderline*, se habla de estados y no de estructura-, la noción de sintoma, por el contrario, aparece como básica, como verdaderamente elemental. En cierto modo responde a la conciencia natural, a la filosofía espontánea del terapeuta o del médico, puesto que es constitutivo de la posición médica el referirse a la noción de armonía, de lo que funciona perfectamente en conjunto, de lo que anda en consonancia, y aquí el sintoma aparece como lo que perturba esa armonía, la altera, la destruye. Así pues, no hay sintoma sin la referencia a cierta armonía que se vería perturbada por una disonancia, por la aparición de un accidente. Este es el valor griego de *sumptomá* -que curiosamente conserva el *sun* de la síntesis, de la reunión, del conjunto-, o sea de lo que se produce junto y coincide. El sintoma lleva consigo esa connotación médica, esa conexión con la armonía, e inevitablemente cambia de valor cuando ya no se lo aborda desde la posición médica sino en el discurso analítico.

Admitámos que en este discurso ya no está articulado con una armonía supuesta sino con una referencia de otro orden que sin embargo podemos considerar completamente contraria: el sintoma cambia radicalmente de sentido cuando se lo vincula no ya con una armonía sino con una disarmonía, es decir, lo que abreviaríamos llamándolo castración. Podríamos decir que el sintoma, en el psicoanálisis, es ar-

371 62

mónico con la castración. Y esto es lo que crea problemas para aislar el ser del sintoma en el psicoanálisis. Para decirlo rápidamente y concluir esta introducción: no podemos aislarlo más que como un ser hablante, el ser hablante del sintoma. Abreviemos diciendo: el hablan-teser del sintoma.

Hace poco tuve ocasión de decir de qué modo podíamos atrapar en la práctica al hablan-teser del sintoma, y ello partiendo de Lacan. Llamé a esta intervención "Sintoma y fantasma", y no hubiera pasado de ahí si Jacques Adam no me hubiese pedido que hablara en estas Jornadas, cosa que me disgusto porque me dije que iba a aclararme una expresión de Lacan que ejerció sobre mí una seducción particular, una suerte de armonía especial, la de "envoltura formal del sintoma".

Aunque haya indicado en el programa la referencia exacta de esta expresión en la compilación de los *Escritos*, es sin duda conveniente que la sitúe en su contexto. Aparece en la recordación que hace Lacan de sus antecedentes, especialmente psiquiátricos, y de aquello que lo condujo, para decirlo en pocas palabras, de Clérambault y Kraepelin a Freud y de la necesidad -límite que él emplea- que lo llevó al psicoanálisis. La razón que da Lacan es precisamente esa "fidelidad a la envoltura formal del sintoma". Hace de ella, pues, su acceso particular, primero, en cierto modo originario al discurso analítico, y esto por la razón de que esa "fidelidad a la envoltura formal del sintoma, que es la verdadera huella clínica [...], [lo condujo] a ese límite en que ella se invierte en efectos de creación". Sigue una referencia a los escritos literarios del caso Aimée, que fue el de la tesis de Lacan.

Hay empero algo muy sorprendente en esta articulación, postulada casi sin mediación entre el sintoma y la creación y mucho antes de "Joyce le symptôme". Pues parecería que nada dista más del sintoma que la creación, parecería que el sujeto padece del sintoma, que en él es pasivo y no creador. En el sintoma es patológico, mientras que en la creación es demiurgo, si puedo expresarme así. Un punto de vuelta al inicio -ya que esto es lo que Lacan evoca en la frase mencionada- es un punto desde el cual uno da media vuelta, en sentido opuesto, por el mismo camino.

¿De qué modo articular el sintoma y los efectos de creación, como vuelta al inicio, el sintoma que parece ser un estado degradado del sujeto, y la creación, que parece en cambio un estado sublime? Digo sublime pensando en la categoría de sublimación. Pues bien, esta es precisamente la cuestión que se plantea, la de la articulación como contramarcha del sintoma en sublimación.

Hoy no voy a responder a esta cuestión pues es preciso que establezca previamente algunos jaíones, es preciso que trace las coordenadas cartesianas del sintoma, sus dos ejes, de los que se puede decir que Lacan desplazó el acento del uno al otro a lo largo de su enseñanza: el eje del mensaje y el eje del goce.

El sintoma analítico, ¿es un mensaje o un goce, una manera de gozar? Creo haber demostrado ampliamente en mi curso que el abordaje de Lacan se desplaza de una definición a la otra, que en "Función y campo de la palabra y del lenguaje", el sintoma es abordado como un mensaje, y que en su seminario "RSI", por ejemplo, lo sitúa como una manera de gozar. Curiosamente, éste es un trayecto que repite el de Freud, quien partió del sintoma histérico como interpretable y llegó a la reacción terapéutica negativa, al masoquismo primordial y a la pulsión de muerte, es decir a la cuestión de aquello que se satisface, de una manera cerrada, en el sintoma. No voy a reiterar esta demostración, hoy ampliamente conocida, pero puedo intentar ilustrarlas con una anécdota -elevada, si puedo, al apólogo- cómo puede ser posible gozar de un mensaje.

El ejemplo que voy a dar es muy reciente, data de ayer por la tarde y no sucedió aquí, puesto que falté a las charlas de la tarde ya que tuve que visitar a mi abogado, y por motivos sumamente ligados a la enseñanza de Lacan; incluso podría decir: a su envoltura formal. Y como durante nuestra conversación pensaba constantemente en lo que iba a decir aquí respondiéndole a la invitación de Jacques Adam, paso a exponerles lo que se me ocurrió.

¿Por qué fui a ver al abogado en vez de estar aquí? Lo hice porque voy a presentar una querrela. ¿Qué me pasa que quiero presentar una querrela? Cabe señalar que presentar una querrela es ya un grado más del quejarse.* Me pasa que hay gente que hace cosas que me disgustan, cosas que me producen, diré, un displacer. Mi queja está regida, pues, por el principio del placer. ¿Qué es lo que hago entonces? Como soy civilizado, recorro a un abogado, es decir a alguien que va a hablar por mí, que va a hacer pasar esa queja, debida al displacer que experimento, al grado de presentar una querrela. ¿Y en qué consiste presentar una querrela? Precisamente en que este abogado va a formalizar mi queja.

* La relación entre "querrela" y "queja" es más manifiesta en francés. En efecto, *porter plainte* es "presentar querrela", *plainte* es "queja" y *se plaindre*, "quejarse". Obsérvese que en castellano, una acepción de "querrela" caída en desuso es igualmente "queja". [N. de T.]

Las formas de la queja son formas prescriptas, previstas por el derecho. El formulará entonces mi queja en términos que puedan ser entendidos por jueces. El es el operador que hará hablar a mi queja en el campo del lenguaje del Otro. El convierte esta queja que emerge desde el fondo de mi displacer, en un mensaje, del que podemos decir simplemente -y todo el mundo lo comprende- que será emitido desde el lugar del Otro y en su lenguaje. A partir de mi queja, a la que se le han puesto las formas convenientes, he aquí que yo voy a existir de una nueva manera en el campo del Otro, y en una forma constituida, lo que además en ese campo se llama "constituirse en parte civil". Y observen bien que esa forma constituida en el campo del Otro del derecho es una forma completada, ya que en él no puedo existir sino representado por un abogado, por alguien que habla por mi en las formas del Otro. En este orden, no me hago sujeto sino acoplado con un abogado. Además esto permite distinguir entre sujeto e individuo: si varios individuos se constituyen en parte civil, forman un único sujeto jurídico.

Esto en cuanto a la forma del mensaje, en cuanto a la transformación de la queja en forma constituida en el campo del Otro. Al mismo tiempo, por supuesto, esta formalización desnaturaliza mi queja, porque está lo que se puede decir y lo que no se puede decir, hay una lógica propia del Otro que se impone ante ustedes y que coagula, fija vuestra queja. Y entonces ella sigue su curso.

Peró hay algo más en esta formalización de la queja: Es que mientras vuestro abogado filtra, formula, formaliza vuestra queja, ustedes se percatan de que en alguna parte esto los satisface. En el proceso mismo de formalización, y mientras que nada de vuestro displacer ha sido reparado, mientras que vuestro displacer sigue ahí, motivando todo el asunto, en alguna parte ustedes ya están contentos, contentos de que se ponga en forma vuestro displacer. Ustedes están contentos, por decirlo así, en infracción al principio del placer. Quizá de este modo puedan comprender cómo es que la formalización del mensaje, e incluso su cifrado jurídico, produce un goce o, para ser más exactos, un plus-de-gozar arrancado, sonsacado al displacer mismo a través de esta formalización. Lo que acabo de exponer es tan sólo una anécdota, destinada a ilustrar la conversión del mensaje y de su formalización en goce. Diré más: la verdad de la queja moviliza el saber del derecho. Y este saber trabaja para un goce.

Veamos otro ejemplo que sigue la misma dirección: lo que hace unos años vi practicar en Senegal en un villorrio de curanderos. ¿Cómo curan éstos, tradicionalmente? Inscriben ciertas fórmulas en unas

pequeñas cintas -fórmulas que pueden ser coránicas, por ejemplo-, después las disuelven en un vaso de agua, y ustedes toman este brebaje, que los cura. Esto es del mismo orden que el presentar querrela, aun si la operatividad es más inmediata y quizás hasta de un orden más elevado.

También pueden encontrar esta conversión en el libro del Apocalipsis, que fue soberbiamente ilustrado por Durero, cuya obra se reproduce en la tapa del Nº 16 de *Ornicar*? "Luego la voz del cielo que había oído me habló de nuevo: 'Ve a tomar el librito abierto en la mano del ángel de pie sobre el mar y sobre la tierra'. Entonces fui a rogarle al ángel que me entregara el librito y él me dijo: Toma, cómelo, te llenará la entrañas de amargor, pero en tu boca tendrá la dulzura de la miel'. Tomé el librito de la mano del ángel y lo engullí. En mi boca tenía la dulzura de la miel, pero cuando lo tragué llenó mis entrañas de amargor". Esta es también una referencia de Lacan, de la que tal vez diré unas palabras al final de mi intervención.

De estos apólogos, que tienen el fin de establecer los jalones de la cuestión, voy a nuestra experiencia del sintoma y la tomo por lo más simple, a ras del fenómeno cotidiano. ¿En qué lugar ponen ustedes la observación que, como analistas, hacen de su paciente? Cierta día pueden observar su palidez, sus facciones tensas o incluso su febrilidad, y decirse: "Hay algo que no marcha". Pueden tener buenas razones para pensarlo, pero saben que aquí no hay sintoma para ustedes como analistas, pues todavía es preciso que él lo diga. Y cuando reciben a alguien por primera vez, eso es lo que esperan: el relato de lo que no marcha. Si cuenta sólo todo lo que anda de maravillas, ustedes se dicen que algo realmente no marcha. Hay que observar el relieve del relato de lo que no marcha, ya que ése es el habiente ser mismo del sintoma. El problema es que en un sentido hay una armonía psicoanalítica, el problema es que ustedes no pueden dejar de pensar que en el propio relato del infortunio hay en realidad un arreglo, y que el sintoma satisface ahí mismo donde se lo presenta como doloroso. Esta es la paradoja que Lacan sitúa al definir la demanda como la "de uno que sufre", en *Televisión*, y que él describe también en *Televisión*, así: "El sujeto es feliz. Esta es incluso su definición, puesto que no puede haber nada sino a la suerte, a la fortuna, dicho de otra manera, y que toda suerte le es buena para aquello que lo mantiene, o sea para que él se repita". Esto implica que en el nivel al que se refiere Lacan, donde el sujeto es feliz, el sintoma no es una discordancia sino que se

disuelve, puesto que satisface y satisface especialmente a la repetición. ¿Y qué es lo que caracteriza a este nivel, a esa cierta parte de donde el sintoma satisface? Lo caracteriza, por lo menos, el tratarse de un nivel distinto del que corresponde al hablanteser del sintoma, distinto de aquel donde el sintoma es hablado.

✱ En este sentido, el sintoma, tal como se articula y vehiculiza en la palabra que se dirige al analista, formalizado en el campo del Otro, es una mentira. Es, si puedo expresarme así, una alegoría de sintoma: el término "alegoría" me resulta irresistible desde que hace mucho, en la Sección Clínica, lo oí utilizar de la manera más inoportuna del mundo a propósito de la angustia. El sintoma es una mentira, pero ¿qué quiere decir esto? No que tan pronto como uno entra en análisis se convierte en un enfermo imaginario, aunque el analizante se incline a creerlo, puesto que puede creer de buena gana que mientras esté en análisis no le puede ocurrir nada. Decir que el sintoma es una mentira no es un insulto al dolor, al contrario, es decir que el hablanteser del sintoma pertenece a la dimensión de la verdad, puesto que sólo ahí se plantean lo verdadero y lo falso. Y por eso Lacan formula que el sintoma es verdad, "hecho de la misma madera de la que está hecha ella, si planteamos en sentido materialista que la verdad es lo que se instala por la cadena significante". Hay que entender lo que implica esta afirmación sobre el fondo de que "la verdad tiene estructura de ficción": basta con superponer estos dos asertos de Lacan para que uno infiera, para su gobierno, que el sintoma tiene estructura de ficción.

No nos precipitemos. No hay ahí tampoco insulto al dolor, y ni siquiera a la queja: equivale sólo a plantear que no el dolor, no la queja, sino cabalmente el sintoma como analítico, en cuanto formalizado en el campo del Otro, constituido como lo que se instala por la cadena significante, tiene estructura de ficción. Esto es lo que hace de la histeria la condición propia del sintoma como analítico, hasta el punto de que se habla usualmente, después de Lacan, de la histerización del sujeto como condición previa para su instalación en el discurso analítico. Pero también es lo que hace de la histeria el sintoma incurable como tal, ya que ella es la ficción misma como sintoma -la enfermedad del semblante, podríamos decir-, que uno degrada abusivamente en mitomanía, o que uno descalifica erróneamente con el argumento de que sus síntomas serían ficciones. Por el contrario, sólo por la histeria el sintoma revela su estructura profunda de ficción, debido a que ésta se instala por la cadena significante, respecto de qué? De ese

nivel donde el sujeto es feliz, de ese nivel que podemos llamar de la pulsión, del nivel, digamos, del objeto a . La histeria desaloja al sintoma como ser de verdad del sujeto, ella lo desaloja de las profundidades y lo pone en evidencia, mientras que al objeto a como real lo trae al lugar de la verdad, cosa que no sucede sin un vaciamiento y además obliga especialmente a sumar la nada a la nomenclatura de los objetos a . Y aquí se abre el problema de saber si el sujeto como tal no sería una ficción. Así, al plantearlo como respuesta de lo real cobra toda su contundencia.

Observen que si el sintoma tiene estructura de ficción, la posición inicial de Lacan de que hay "un límite donde la envoltura formal del sintoma se invierte en efectos de creación" ya nos resulta menos opaca. Pero se trata de saber cómo se articulan y distinguen ficción y creación, que después de todo son dos modos de fabricación. Diré brevemente que no es lo mismo ser poeta que ser poema. En el nivel del sintoma el sujeto es poema, aun si se persuade gustoso, si es histerico, de que es poeta. Pero ser poeta es otra cosa: es, diría don Perogrullo, producir poemas. Ser creador es producir formas, y formas que no están va en el Otro.

Hay en nuestra lengua una ambigüedad fecunda de la palabra "forma", esa palabra que Lacan acopla de buena gana a la de sintoma, lo que sólo puede sorprender si confundimos la forma y la figura, ya que el sintoma alteraría la buena forma que la lengua alemana distingue como Gestalt. Ahora bien, aquí hay que entender forma como esta otra traducción que nos ofrece la lengua alemana, Form, que encontramos en lógica formal. Porque si el sintoma tiene formas, son formas que están plegadas a la lógica de su vaciamiento. Y aquí el término de envoltura formal plantea la cuestión de lo envuelto: el sintoma no es todo significante, y lo negativo evocado por esa envoltura formal del sintoma es que él envuelve goce, materia gozante. Lo que en consecuencia se efectúa en el análisis, en cierto modo naturalmente, es decir lógicamente, es un trabajo sobre la envoltura formal, trabajo que consiste en llevar el sintoma al límite donde se vuelve agudeza, que es cálculo.

Aquí sólo puedo ser alusivo, pero ese punto en el que se vuelve al inicio no es otro que el punto clave de la lógica del fantasma, aquel donde la operación transferencia retorna al punto inicial como sublimación por la eliminación del sujeto supuesto al saber. Es decir que sólo hay creación, retorno del sintoma a su punto inicial donde devie-

ne sublimación, en la medida en que hay atravesamiento del fantasma o de lo que hace sus veces, así fuera sólo un pasaje al acto, en la medida en que abre la vía para que lo formal se disocie del material de goce que él envuelve para que este formal juegue su partida por su lado y se apreste a gozar. Esto supone que el sujeto se desprenda de la creencia de que el Otro goza ya de su síntoma.

¿Basta decir que el sujeto es vector de lo nuevo, de lo inédito, de lo que en el Otro no está, que el sujeto se enfrenta con la falta en el Otro? La castración entonces sería la condición de la creación, pero enfrentarse con la falta en el Otro no sería menos válido en cuanto al síntoma. La condición de la creación es que el sujeto sepa en alguna parte que el Otro no existe. ¿Pero por qué no admitir que el síntoma también es un hecho de creación, de creación de sentido? Y esto es lo que supone homologarlo con la metáfora. El síntoma opera en la creación: de ahí que siempre tiente a los analistas hacer el psicoanálisis de los creadores. Pero debe advertirse que, en la creación, lo que opera es el síntoma en cuanto separado del goce que él envolvía formalmente. La obra de arte ¿es un síntoma? ¿Por qué no? A menudo se la llama presagio, signo precursor. Pero si ella es síntoma, es un síntoma pronto a transportar, pronto a captar nuestro goce a través de los siglos. El síntoma es goce como sentido gozado del sujeto, mientras que la obra ofrece sentido a gozar a quien quiera hacerlo, según el encuentro.

Por eso el vaciamiento de la envoltura formal del síntoma es la condición de la creación, en cuanto ella procede ex nihilo, como se expresaba Lacan, de la nada.

Lo que quiere decir: ¡para escribir tu libro, sabe comerte tu Dasein!

EL SINTOMA Y LA PULSION

Marie-Hélène Brousse

3

El síntoma es un concepto que remite a la clínica. La clínica analítica, la que se elabora en el dispositivo freudiano, dispositivo de palabra, ha hecho sin embargo necesaria su redefinición. No como signo de una realidad a la que remitiría, en relación con la cual permitiría elaborar un diagnóstico, sino como formación de ese inconsciente freudiano del que el psicoanálisis forma parte por constituir el destinatario. El síntoma es entonces, en el discurso analítico, complementado por el analista. Es una de las vías de acceso al inconsciente del sujeto, en tanto manifiesta en la materialidad de la cadena significante una verdad que se repite e insiste, de la que el sujeto está separado, pero en la que encuentra, sin embargo, alguna consistencia. "Represión y síntomas son homogéneos y reducibles a funciones de significante".

El los sitúa en un extremo de la experiencia analítica. En el otro extremo ubica la interpretación, señalando "el deseo al que —dice— en cierto sentido, es idéntica". Si, como lo pensaron algunos posfreudianos, las pulsiones estuvieran organizadas en estadios del desarrollo del individuo, según una génesis instintiva orientada por una maduración que no excluye eventuales fijaciones, el psicoanálisis sería una hermenéutica.

Ahora bien, en el intervalo entre el síntoma y el deseo, están las pulsiones en tanto son parciales, planteando la sexualidad como aberrante. Esta situación de intervalo caracteriza la pulsión. De esta situación deriva una paradoja: contrariamente al síntoma, desplegado fenomenalmente en los relatos de cura, así como analizado en cuanto a su estructura metafórica, la pulsión, mucho menos presente en la experiencia analítica, constituye sin embargo para Freud prime-